

Autobiografía de Pitirim A. Sorokin

Holocausto: La Revolución de 1917

En el desarrollo completo de su ciclo de vida, todas las grandes revoluciones pasan a través de tres fases típicas. La primera fase es generalmente de corta duración. Se caracteriza por la alegría de la liberación de la tiranía del antiguo régimen y por la gran esperanza que se tiene en las reformas prometidas por todas las revoluciones. Esta fase inicial es radiante, su gobierno humanitario y benigno, su política moderada, vacilante y bastante impotente. “Lo peor de la bestia” en el hombre comienza a despertar. Esta corta fase es generalmente sucedida por la segunda, que es destructiva. Entonces la gran revolución se convierte en un furioso tornado que destruye parejo todo lo que encuentra a su paso. Sin piedad, arranca no sólo las instituciones decadentes, sino también las vigorosas, que destruye junto con los valores muertos o moribundos; asesina no solamente a la élite, del poder inútil del antiguo régimen, sino a una multitud de personas y grupos creadores. El gobierno revolucionario, en esta etapa, es duro, tiránico, y sediento de sangre. Su política es principalmente destructiva, coercitiva y terrorista. Si esta fase borrascosa no arruina totalmente a la nación, la revolución puede entrar en la tercera y constructiva fase. Después de haber destruido a todas las fuerzas contrarrevolucionarias, comienza la hora de construir un nuevo orden social, cultural y personal. Este orden se levanta no sólo a base de nuevos ideales revolucionarios, sino que incluye la restauración de las instituciones prerrevolucionarias más vitales, de los valores y formas de vida que fueron temporalmente destruidos durante la segunda fase de la revolución y que reviven y se reafirman independientemente de los deseos del gobierno revolucionario. Por lo tanto, el orden postrevolucionario generalmente representa una fusión de las nuevas normas y formas de vida con las normas, antiguas pero vitales, de la época prerrevolucionaria. Más o menos a fines de la tercera década, la Revolución Rusa comenzó a pasar a esta fase constructiva y en la actualidad se encuentra en pleno desarrollo de la misma. Su política interna e internacional es ahora más

constructiva y creadora que la de muchos países occidentales y orientales. Es muy lamentable que este significativo cambio sea aun ignorado por los políticos y las élites que están en el poder en dichos países. (Ver el análisis detallado de las fuerzas destructivas y constructivas de las grandes revoluciones en mi obra "Sociología de la Revolución", *Dinámica Social y Cultural*, vol. III y en *Sociedad, Cultura y Personalidad*, Caps. 31-33).

Yo observé, como participante, la secuencia de las tres fases en la revolución de 1905-8. En 1917 solamente experimenté directamente la primera y segunda fases del ciclo vital de esta gran revolución. Los pasajes siguientes tomados de mis "Hojas de un Diario Ruso", nos ofrecen no sólo ejemplos concretos de las primeras fases destructivas de una gran revolución, sino que pintan vivamente lo que nos sucedió a mí y a mis compatriotas durante la fase más terrible de la revolución rusa en los años de 1917-22.

El Primer Día. Febrero 2 de 1917

Por fin llegó. A las dos de la mañana, acabado de regresar de la Duma, me apresuré a registrar los tumultuosos acontecimientos del día. Como no me sentía muy bien y como las conferencias en la universidad habían cesado virtualmente, decidí quedarme en casa y leer la nueva obra de Wilfredo Pareto, *Trattato di Sociologia Generale*. De tiempo en tiempo, me interrumpían los amigos que me llamaban por teléfono para saber noticias y para dárme las.

"Las multitudes en la calle Nevsky son ahora más grandes que nunca". "Los trabajadores de la fábrica Putylovsky se han echado a las calles".

Al mediodía se interrumpió el servicio telefónico; hacia las tres, uno de mis alumnos llegó corriendo con la noticia de que dos regimientos armados, llevando banderas rojas, habían abandonado sus cuarteles y marchaban sobre la Duma.

Salimos rápidamente de la casa y nos encaminamos hacia el puente Troizky. Ahí encontramos una multitud grande, pero muy ordenada, escuchando el tiroteo y absorbiendo afanosamente cualquier asomo de noticia. Nadie sabía nada en definitivo.

No sin dificultades, cruzamos el río y llegamos al Comité Económico de la Unión de Ciudades y Zemtsvos (Consejos campesinos). Se me ocurrió que si los regimientos llegaban a la Duma, probablemente habría que alimentarlos. Por eso dije a mis amigos, los miembros del Comité: "Traten de reunir algo de alimentos y cuando les mande un mensaje, envíenlos a la Duma". Un viejo conocido, Mr. Kuzmin, se nos reunió entonces y nos pusimos en camino. La Perspectiva Nevsky, cerca del Canal Ekaterina, estaba aún tranquila, pero, cuando dimos vuelta a la calle Liteiny, la mul-

titud era mayor y los gritos más fuertes. Los grandes esfuerzos de la policía por dispersar a la gente no producían ningún efecto.

“Ah, Ah, Faraones, ha llegado su fin” gritaba la gente.

Avanzando cautelosamente por la calle Liteiny, encontramos manchas de sangre, frescas, y vimos dos cadáveres sobre el pavimento. Maniobrando con habilidad llegamos al Palacio Tauride, que encontramos rodeado por una multitud de campesinos, soldados y obreros. No se había hecho aún ningún intento para entrar al Parlamento ruso; pero, por todas partes, se veían cañones y ametralladoras. El vestíbulo de la Duma presentaba un notable contraste con el tumulto exterior. Aquí había comodidad, dignidad, orden. Solamente en algunos rincones podían verse grupos de diputados que discutían la situación. En realidad, la Duma ya había sido disuelta; pero se había designado un comité ejecutivo como gobierno provisional.

La confusión y la incertidumbre se notaban en las palabras de los diputados. Los capitanes que llevaban la nave del Estado entre el remolino del huracán, aún no estaban seguros de su curso. Regresé al patio de la Duma y le expliqué a un grupo de soldados que estaba tratando de conseguir provisiones para ellos. Consiguieron un automóvil con una bandera roja, y con él atravesamos la multitud.

“Esto bastará para ahorcarnos si la revolución fracasa— dije bromeando a mis guardias.

—No se preocupe, todo saldrá bien— respondieron.

Cerca de la Duma vivía el abogado Grsenberg. Su teléfono funcionaba y pude comunicarme con mis amigos que me prometieron que pronto enviarían alimentos para las tropas. Cuando regresé a la Duma encontré que las multitudes se habían cerrado más aún. En el patio y en las calles adyacentes, grupos excitados rodeaban a los oradores, miembros de la Duma, soldados y obreros, todos los cuales hacían resaltar la significación de los acontecimientos del día, dando vivas a la revolución y mueras al despotismo zarista. Todos exaltaban el creciente poder del pueblo y hacían un llamado a todos los civiles para que apoyaran la revolución.

El vestíbulo y los corredores de la Duma estaban llenos de gente, los soldados estaban listos con sus rifles y ametralladoras, pero aún prevalecía el orden; la calle aún no había hecho irrupción en el interior.

—Ah, camarada Sorokin ¡al fin la Revolución! ¡Al fin ha llegado el día de gloria!— exclamó uno de mis alumnos obreros, que se me acercó gozoso, en compañía de otros, en cuyos rostros brillaba la luz de la esperanza y la exaltación.

Al entrar a una sala de comité, encontré a varios diputados socialdemócratas y cerca de 12 obreros: el núcleo del futuro Soviet. Me invitaron

insistentemente a que me hiciera miembro, pero entonces no me sentía llamado a unirme a un soviét, por lo cual los dejé para irme a una reunión de escritores que estaban organizando un comité de prensa oficial de la Revolución.

“¿Quién eligió a estos hombres como representantes de la prensa?” —me pregunté—. Aquí estaban estos censores, auto-designados, asumiendo el poder de suprimir todo lo que a su juicio fuera indeseable en los periódicos, preparándose para sofocar la libertad de palabra y de prensa, Repentinamente las palabras de Flaubert vinieron a mi mente:” En todo revolucionario se oculta un gendarme”.

¿Cuál es la última noticia?— pregunté a un diputado que se abría camino entre la multitud.

—Rodzianko trata de establecer contacto con el Zar, por telégrafo. El Comité ejecutivo discute la organización de un nuevo ministerio responsable tanto ante el Zar como ante la Duma.”

—¿Hay alguien que dirija esta Revolución?—

—Nadie, se va desarrollando espontáneamente—.

Llegaron los alimentos y se organizó un servicio en el que muchachas estudiantes servían a los soldados. Esto produjo un intermedio; pero, afuera, las cosas iban mal. Continuaban produciéndose incendios. El pueblo, en su excitación, iba llegando al histerismo y en cuanto a la policía, había desaparecido. Era ya media noche antes de que pudiera salir de ese sitio.

Como no había ni tranvías ni coches, me fui a pie hasta la Petrogradskaia, que está muy lejos de la Duma. Podía oír aun los incesantes disparos; pero, estaba muy oscuro y no había faroles en las calles. Entonces, en la calle Liteiny vi brillar un incendio. El magnífico edificio de la *Okroujny Soud* (Suprema Corte) estaba ardiendo.

—¿Quién inició ese incendio?— preguntó alguien. —¿Es que no es necesario un edificio de la Suprema Corte para la nueva Rusia?. No hubo respuesta para esta pregunta. Otros edificios gubernativos también ardían; entre otros, las estaciones de policía; y nadie hacía nada por extinguir estos incendios. En el resplandor rojizo del fuego, los rostros de muchos espectadores adquirían aspectos demoníacos, al gritar, cantar y bailar. Aquí y allá, se amontonaban los trozos de madera labrada de la doble águila rusa, y estos emblemas del Imperio, arrancados de los edificios gubernativos, eran arrojados a las llamas en medio del júbilo de la multitud. El antiguo régimen desaparecía en cenizas y nadie lo lamentaba. Nadie se preocupaba ni siquiera cuando el fuego se extendía a las casas particulares. “Déjelo extenderse —dijo un hombre amenazadoramente—, cuando se parte la madera, vuela la polilla”.

Dos veces tropecé con grupos de soldados y asaltantes callejeros que saqueaban las vinaterías sin que nadie intentara detenerlos.

A las dos de la mañana, llegué a mi casa y me senté a escribir estas apresuradas notas. “¿Estoy contento o triste? No podría decirlo; pero tengo en la mente persistentes temores”.

Miré mis libros y manuscritos. “Supongo que tendré que abandonarlos por algún tiempo. No es ésta una época para estudiar, sino para actuar.” El tiroteo había comenzado nuevamente.

Al día siguiente

A la mañana siguiente, acompañado por dos amigos, me dirigí a pie hacia la Duma. Las calles estaban llenas de gente nerviosa. Todas las tiendas estaban cerradas, todos los negocios suspendidos. El sonido del tiroteo venía de diferentes direcciones. Camiones llenos de soldados y de jóvenes con rifles y ametralladoras iban y venían. Buscaban a los policías y a los contra-revolucionarios.

El vestíbulo de la Duma presentaba un aspecto muy diferente al del día anterior. Soldados, obreros, estudiantes, ciudadanos, jóvenes y viejos, llenaban el lugar. El orden, la limpieza y la discreción brillaban por su ausencia. Su majestad el pueblo dominaba la escena. En todos los cuartos y rincones había reuniones extemporáneas y discursos estruendosos. “¡Abajo el Zar, muerte a los enemigos del pueblo! ¡Viva la Revolución y la república democrática! Se cansaba uno de esta continua repetición. La existencia de dos centros de poder se veía con claridad: uno era el Comité Ejecutivo de la Duma, con Rodzianko como jefe; el otro, el Soviet de obreros y soldados que tenía su sede en el extremo opuesto del parlamento ruso. Con un grupo de mis alumnos obreros, entré al cuarto de los soviets. En lugar de los 12 primeros, había ahora tres o cuatrocientos hombres. Parecía que todo el que lo deseaba podía convertirse en miembro de este organismo, lo que era una elección realmente informal. En el cuarto repleto, lleno de humo de tabaco se oían varios discursos exaltados, simultáneos. El principal punto a discusión, en el momento en que entramos, era si Rodzianko, presidente de la Duma, debería ser arrestado por contrarrevolucionario.

Me quedé asombrado. ¿Habían perdido todos el juicio de un día para otro? Pedí la palabra y el presidente me reconoció.

—Hombres sin juicio —les dije. La revolución apenas va comenzando, y si ha de triunfar, debemos tener una unión completa y acuerdo de todas las fuerzas antizaristas. No debe haber anarquía. En esta hora de peligro, ustedes, un reducido grupo de hombres, al discutir una cuestión como el arresto de Rodzianko, no hacen más que perder el tiempo.—

Máximo Gorki, me siguió, hablando en el mismo sentido, y por el momento, la cuestión del arresto de Rodzianko, quedó a un lado. Sin embargo, se vio claro que una mentalidad de masa informe iba apoderándose de la situación y que no solamente la bestia, sino lo estúpido del hombre, luchaba por imponerse.

En camino hacia el cuarto en donde se reunía el Comité Ejecutivo de la Duma, me encontré con uno de sus miembros, Mr. Efremoff y me enteré por él de que la lucha entre el comité y el soviet había comenzado en serio, y que un poder dual luchaba por el control de la revolución. Pero, “¿qué podemos hacer?”— preguntó desesperadamente.

—¿Quién actúa en nombre del Soviet?

—Sujanoff, Najamkes, Chkeidze y algunos otros— respondió.

—¿No es posible ordenar a los soldados que arresten a estos hombres y dispersar el soviet?

—Esta agresión y conflicto no puede producirse en los primeros días de la revolución— fue la respuesta.

—Entonces prepárese a que lo corran muy pronto— le advertí. —Si yo fuera miembro de su comité actuaría inmediatamente. La Duma sigue siendo la autoridad superior en Rusia.—

En este momento se nos unió el profesor Gronsky: —¿No puede Ud. escribir la proclama del futuro gobierno?— me preguntó.

—¿Por qué he de hacerlo yo?. Nabokoff es especialista en esos asuntos; Pídaselo a él.— En medio de nuestra conversación, irrumpió un oficial que pedía que lo llevaran ante el Comité de la Duma. ¿Qué ha sucedido?— preguntamos.

Todos los oficiales de la Flota del Báltico están siendo asesinados por los marineros y soldados— exclamó— ¡El Comité tiene que intervenir!—

Mi corazón se heló. Pero sería locura esperar una revolución sin derramamiento de sangre. Llegué a mi casa muy tarde por la noche. No sentía ninguna alegría; pero me esforzaba por no perder la esperanza. Mañana las cosas irían mejor.

Al día siguiente

Al día siguiente, las cosas no fueron mejor. Las calles seguían llenas de la misma multitud tumultuosa. Los mismos camiones pasaban llenos de hombres que disparaban a lo loco. Seguía igual la cacería de policías y contrarrevolucionarios. En la Duma recibimos las noticias confirmadas de que el Zar debería abdicar en favor del Zarevitch Alexis.

“Hoy se lanzó el primer número del periódico *Isvetsia*”.

El soviet había aumentado a cuatro o quinientos miembros. “Los comités

de la Duma y del Soviet están organizando el gobierno provisional, y Kerensky actúa como mediador y enlace entre los dos organismos. Es vicepresidente del Soviet y Ministro de Justicia". Cuando lo conocí, estaba exhausto.

—Por favor, mande un telegrama a los alcaldes de todas las prisiones de Rusia para que liberen a todos los presos políticos— me dijo.

Cuando escribí el telegrama, lo firmó: Ministro de Justicia, "ciudadano Kerensky". "Este 'ciudadano' es algo nuevo, un poco teatral, pero quizás apropiado. No estoy seguro de la fuerza del poder de mediador de Kerensky y temo que este gobierno dual del gobierno Provisional (o Visionario) y de los extremistas del soviet no dure mucho. Seguramente que uno se tragará al otro, pero ¿cuál? Seguramente el soviet. La monarquía ha caído. La mente del pueblo es ya sólidamente republicana. Aun una sencilla república burguesa no basta para muchos. Temo a estos extremistas. Temo la mentalidad de multitud".

"¡Terribles noticias! La masacre de oficiales aumenta. En Kronstad el almirante Wirren y muchos oficiales de la flota han sido asesinados. Dicen que los oficiales son asesinados siguiendo listas preparadas por los alemanes".

"Acabo de leer la Orden N^o 1 lanzada por el Soviet que en esencia autoriza la desobediencia de los soldados a las órdenes de los oficiales. ¿Qué loco ordenó y publicó esto?"

En la biblioteca de la Duma encontré, entre otros a Mr. Naboroff que me mostró su proyecto de proclama del gobierno provisional. "Todas las libertades, todas las garantías se prometen no sólo a los ciudadanos, sino también a los soldados. Rusia se convertirá en uno de los países más democráticos y libres de todo el mundo".

—¿Qué piensa Ud. de esto?— me preguntó orgulloso.

—Es un documento admirable, pero...

—Pero ¿qué?

—Temo que sea demasiado prometer en tiempos de revolución y en medio de una guerra mundial— me vi obligado a responder.

—Yo tengo también ciertos temores —dijo— pero espero que salga bien. Solamente pude hacerme eco de su esperanza.

—Ahora voy a escribir una declaración de abolición de la pena de muerte— dijo Naboroff.

—¿Qué? —¿Aún dentro del ejército, en tiempos de guerra?

—Sí.—

—Pero, esto es una locura— dijo uno de los presentes. —Solamente locos podrían discurrir eso en estos momentos, cuando los oficiales son matados como borregos. Odio al zarismo tanto como cualquiera, pero siento que

tenga que caer en este momento preciso. A su manera, sabía gobernar mejor que todos estos locos visionarios.—

A pesar mío, sentí que tenía razón.

El antiguo régimen había perecido indudablemente. “Tanto en Petrogrado como en Moscú, el populacho está tan contento como en la Pascua. Todo el mundo aclama al nuevo régimen y a la república. ¡Libertad! ¡Sagrada libertad! se grita y se canta en todas partes. Maravillosa revolución. Revolución sin sangre, pura como las túnicas de los ángeles sin pecado”. Oí esto último de una multitud de estudiantes que recorría las calles.

Desde luego que es cierto. “El derramamiento de sangre no ha sido muy grande. Si ya no hay más víctimas de los fanáticos, nuestra revolución podrá pasar a la historia como la Revolución sin sangre.”

“Desde que hay libertad todo esta permitido.”

“El antiguo régimen ha caído en toda Rusia y son muy pocos los que lo lamentan. Todo el país se regocija. El zar abdicó en su nombre y en el de su hijo. El gran duque Michael rechazó el trono. Se ha elegido un gobierno provisional, y su manifiesto es uno de los documentos más liberales y democráticos que se hayan publicado. Todos los funcionarios zaristas, desde los ministros hasta los policías han sido despedidos y reemplazados por gente devota a la república, pues nadie duda de que tendremos república. La mayoría de la gente esta llena de esperanza y cree que ahora nos irá mejor en la guerra. Soldados, estadistas, estudiantes, ciudadanos y campesinos, todos, despliegan inmensa actividad. Los campesinos traen granos a las ciudades y al ejército, a veces gratis. Los grupos militares y de obreros llevan carteles que dicen “Viva la Revolución: los campesinos, a los arados; los obreros, a las fábricas; los soldados, a las trincheras.”

“Siempre que el gobierno se adhiera a este programa”. Esta reunión me demostró que el equilibrio mental entre los miembros del partido antiguo y digno de confianza había comenzado a hundirse. Si esto sucede aun con estos hombres, ¿qué sucederá en la multitud? Seguramente que habíamos entrado a un período crítico; más crítico de lo que yo había temido.

Hoy hubo otra reunión de los líderes social-revolucionarios, para fundar un periódico y designar a sus directores. La discusión fue acalorada, y demostró claramente la existencia, dentro del partido, de dos elementos distintos, los social-patriotas y los internacionalistas. Después de un largo y tedioso debate, quedaron electos los cinco directores del periódico que se llamaría *Delo Naroda* (el asunto del pueblo). Fueron Russanoff, Ivanoff Razumnik, Matislavsky, Gukovsky y yo. No comprendía como íbamos a ponernos de acuerdo sobre la política del partido, ya que Gukovsky y yo éramos patriotas sociales muy moderados, y los demás, internacionalistas.

¡Ay! en la primera reunión de los directores para hablar sobre la apa-

rición del periódico, se desperdiciaron cinco horas en vanas disputas. Los artículos presentados por los internacionalistas fueron rechazados por nosotros, y todos nuestros artículos fueron rechazados por ellos. Tres veces estuvimos a punto de abandonar la sala; pero siempre regresamos. Por fin, comenzamos a leer de nuevo los principales editoriales, tachando sin piedad los pasajes más elocuentes de todos. El resultado fue que tanto los artículos moderados como los radicales quedaron privados de todo valor, sin perder ninguna de sus contradicciones. ¡Un buen comienzo! *Delo Narodø* resultaba un periódico en el que un artículo denunciaba a otro de la misma página. Esto no podía seguir adelante. “Nosotros, el pueblo libre de Rusia, defenderemos al país y a la revolución.”

—Mire, ¡qué espléndido es el pueblo!— comentó un amigo mío, señalando una de estas manifestaciones.

—Desde luego que parece que todo va bien— respondí.

Pero, mientras trataba de convencerme de que todo iba bien, no podía cerrar los ojos ante ciertas realidades. Los obreros llevaban carteles que decían: “Los obreros a sus fábricas y prensas;” pero habían dejado de trabajar, y se pasaban casi todo el tiempo en reuniones políticas. Habían comenzado a pedir jornadas de trabajo de ocho y aun de seis horas. Parecía que los soldados estaban listos para ir a luchar; pero un día antes, cuando se mandó a uno de los regimientos al frente, los hombres se negaron a ir, so pretexto de que hacían falta en Petrogrado para defender la revolución. “En estos días hemos recibido también informes de que los campesinos se están apoderando de los ranchos particulares, saqueándolo y quemándolo todo. En las calles he visto a muchos hombres exaltados que gritan obscenidades y dan vivas a la Revolución y a la libertad. Como tenemos libertad, todo esta permitido.”

Al pasar frente a una casa cercana a la Universidad de Mujeres de Bestuzhevsky, vi a una multitud que reía gesticulando animadamente. A la sombra de una reja, había una pareja de hombre y mujer, portándose de la manera más indecente. “¡Ja! ¡ja!— reía la multitud— desde que hay libertad todo esta permitido.”

La noche pasada celebramos la primera reunión de los antiguos miembros del Partido Social Revolucionario: entre veinte y treinta dirigentes de confianza. Ataqué las proposiciones de los extremistas y, finalmente, logré imponer una resolución para apoyar al gobierno. Esta resolución fue aceptada por la mayoría, con una reserva característica: y todos los reconocimos. Todos los periódicos monárquicos habían sido suprimidos y sus imprentas confiscadas. Los socialistas estaban de acuerdo en que esto estaba muy bien; pero ¿cómo concordaba esto con la libertad de prensa que una vez defendieron tan ardientemente? Tan pronto como se paga “la deuda

de ambición” resulta que los radicales se vuelven aún más despóticos que los reaccionarios. El poder incita a la tiranía.

En las reuniones de trabajadores eran cada vez más insistentes las demandas para que terminara la guerra. Las ideas de que el gobierno debería ser puramente socialista, y de que debía emprenderse una masacre general entre todos los explotadores iban difundándose rápidamente entre el pueblo. Todos los esfuerzos de los ingenieros y gerentes para conservar la disciplina en sus talleres y fábricas y para conservar la escala de la producción o para echar a los incumplidos eran considerados como contrarrevolucionarios. La obediencia y la disciplina casi había desaparecido.

En cuanto a los *muzhiks* (o campesinos) también comenzaban a inquietarse, y pronto se unirían al soviét. ¡Dios mío! Estos aventureros, diputados autoelegidos de soldados y obreros, estos intelectuales destituidos, actuando en el drama de la revolución, asumiendo los papeles de los revolucionarios franceses. Hablando, hablando sin cesar, dedicando todas sus energías a la destrucción del gobierno provisional y a los preparativos de la “dictadura del proletariado”. “El soviét interfiere en todo. Sus actos conducen solamente a la desorganización del gobierno y al desenfreno de los instintos salvajes en la multitud.”

¿El gobierno? Sería mejor no decir nada de él. Estos hombres de mente elevada e idealista no sabían ni el ABC de la ciencia del gobierno. Parecía que no sabían ni lo que querían hacer y que, aunque lo supieran, no podían lograr nada.

“Hoy se celebró el funeral de las víctimas que murieron por la revolución. ¡Qué espectáculo conmovedor! Cientos de miles de gente se movía detrás de miles de banderas rojas y negras que tenían estas palabras: ‘Gloria a los que perecieron por la libertad’. Música maravillosa, voces y bandas, formaban el himno fúnebre. Hubo un orden y disciplina perfectos, y durante horas, la procesión interminable atravesó las calles. Los rostros de los manifestantes eran solemnes y elevados. Estas multitudes me emocionan, ¡son tan humanas!”

“Hoy me tocó actuar como director en jefe del periódico *Delo Naroda*. El periódico entró a las prensas cerca de las tres de la mañana y, como de costumbre, me fui a la casa a pie. Las calles no están tan llenas por la noche, y es fácil observar los cambios que han tenido lugar en Petrogrado durante el mes de revolución. El panorama no es muy agradable. Las calles están sucias, con papeles, polvo y semillas de mirasol (que es el equivalente ruso de las cáscaras de cacahuete). Las ventanas, rotas por las balas, en muchas casas, han sido remendadas con papeles. En todas las calles laterales, los soldados y las prostitutas se portan con una indecencia asquerosa.”

—¡Camarada, que se unan los proletarios de todos los países. Ven a casa conmigo!— me acosó una criatura pintarrajeada. Una original aplicación del lema revolucionario.

Todos los prisioneros políticos habían sido libertados y regresaban de Siberia y de otros lados. Eran recibidos triunfalmente por comités del gobierno, soldados, obreros y por el público en general. Bandas, banderas y discursos saludaban a cada grupo de recién llegados. Los exiliados que retornaban, por su parte, adquirían aires de héroes conquistadores que merecían ser adorados por el pueblo como libertadores y benefactores. En este caso, hay un aspecto divertido, pues una gran parte de esta gente nunca habían sido delincuentes políticos, sino convictos comunes, ladrones, asesinos y tramposos comunes. Sin embargo, todos son tratados por igual: como víctimas del zarismo. Parece que, entre otras formas de vanidad, hay la vanidad revolucionaria que quiere todo para sí misma.

Muchos de estos “políticos” que regresaban, daban muestras de trastornos mentales y de emociones desequilibradas. Después de pasar años en la prisión y el exilio, con trabajos duros y degradantes, inevitablemente comenzaron a introducir en la sociedad los métodos y crueldades que habían experimentado. Perpetuaron el odio, la crueldad y el desprecio por la vida y los sufrimientos humanos.

El soviét, lleno con estos héroes, perdía cada vez más su sentido de realidad. Dirigía sus energías: a la obstrucción del gobierno; a la prédica del socialismo, y a no hacer nada para la reeducación y reorganización de la sociedad rusa. “Sus proclamas van dirigidas a ‘Todos, todos, todos’ o al ‘Mundo entero’. Los discursos y la conducta de sus líderes son absurdamente pomposos. Parece que no tenían sentido del humor y no podían ver lo cómico de su pose.

”En cuanto al gobierno, es igualmente caótico e impotente. La división de la autoridad se ha completado, y el gobierno pierde terreno de un día a otro.”

Luz y Sombra

“Hoy, 22 de abril de 1917, se celebró una conferencia en el Partido social-revolucionario de Petrogrado. El marco mental de los nuevos socialistas revolucionarios es radical en extremo. Los nuevos revolucionarios, hoy, tratan a los líderes más antiguos como sus criados. Los nuevos tenían mayoría en la conferencia y aprobaron una resolución en el sentido de que la guerra termine inmediatamente y de que se establezca un gobierno socialista. Yo declaré que no podía aceptar su programa, me salí de la conferencia y renuncié a mi puesto como director de *Delo Naroda*. Muchos

antiguos miembros me siguieron; la mayor parte del ala derecho abandonó la conferencia. Tarde o temprano, esto tenía que suceder; por eso mejor que sucediera ahora.”

Gukovsky y yo organizamos un periódico socialista-revolucionario de derecha, *Volia Naroda* (La Voluntad del Pueblo). La “Abuela” Breshkovskaia, Mirolyuboff, Stalinsky y Argunoff eran nuestros colaboradores. Esperar éxito en ese momento era imposible, pero teníamos que hacer lo que nos parecía correcto.

Los inmigrantes políticos seguían regresando. Entre los líderes de nuestro partido, regresaron Chernoff, Avssentieff, Bukanoff, Stalinsky, Argunoff, Lebedeff y otros. En unos cuantos días los líderes bolcheviques, Lenin, Trotsky, Zinoviev y otros, regresarían también. “Vienen por Alemania, con la ayuda del gobierno alemán, que les ha prestado un vagón blindado especial. Algunos de entre nosotros se muestran indignados porque el gobierno provisional ha permitido regresar a esta gente. Se ha difundido el rumor de que Lenin y sus compañeros (cerca de cuarenta) han sido contratados por los alemanes para provocar la guerra civil en Rusia y demoralizar aun más al ejército ruso. Yo estoy convencido de la necesidad de convocar a un Soviet de Campesinos de toda Rusia para contrabalancear al Soviet de obreros ociosos y soldados de la ciudad.”

Noche... Cansado de discursos, reuniones y cientos de incidentes deprimentes, regresé a casa, sintiéndome como quien trata de detener con las manos un gran movimiento de hielo que bajara de las montañas. Una tarea imposible.

Con mis amigos, inicié la organización de la conferencia de campesinos de toda Rusia.

“Ayer salí de Petrogrado para Veliki Ustyung, llamado por los campesinos y otros habitantes del distrito. ¡Qué alivio dejar la capital con sus multitudes en movimiento constante, su desorden, suciedad e histeria y estar nuevamente en los tranquilos sitios que tanto amo! El barco se desliza suavemente a lo largo del Sujona. Brilla el cielo azul; en torno a mí el río es brillante y hermoso el panorama. ¡Qué perfecta calma de todo esto! ¡Qué puro y tranquilo está el aire, como si no existiera ninguna revolución! Solamente la charla constante de los pasajeros recuerda su presencia.”

En mi amado Veliki Ustyug me recibió un grupo de amigos. Del vapor fui llevado al mercado, en donde se habían reunido miles de personas. Mi discurso despertó gran entusiasmo patriótico. Cientos se adelantaron para participar en el Préstamo para la Libertad, lanzado por el gobierno para el mejoramiento económico del Estado. Muchos campesinos que habían llegado a la ciudad para vender sus granos, los daban al ejército, gratis.

Tuve un triunfo semejante en una reunión de profesores y entre la gente sencilla de las aldeas vecinas.

Cuando regresé a la atmósfera malsana, encontré el desorden y el desenfreno de la capital. Horribles.

Lenin y sus compañeros ya habían llegado. Sus primeros discursos en la Conferencia Bolchevique fueron demasiado, aun para los miembros de la extrema izquierda. "Lenin y su grupo son ahora muy ricos y como consecuencia el número de periódicos, folletos, proclamas, etc., de los bolcheviques ha aumentado mucho."

Trotsky se ha instalado en un departamento muy caro. ¿De donde viene todo ese dinero? He ahí la pregunta.

La socialización había comenzado. Los bolcheviques habían tomado posesión, por la fuerza, de la villa de Kshessinsky; los anarquistas se habían apoderado de la de Durnovo y de otras casas, habiendo arrojado sumariamente a los propietarios. Aunque los dueños habían apelado ante los tribunales y ante el gobierno, nada se había hecho para devolverles sus propiedades.

Abril 21 de 1917.— "Hoy tuvimos una verdadera prueba de una revuelta de las masas. La nota de la Oficina del Extranjero a los aliados en el sentido de que el gobierno provisional permanecería fiel a los tratados y obligaciones suscritos por Rusia, fue furiosamente atacada por los soviets y los bolcheviques. Cerca del medio día dos regimientos completamente armados, salieron de sus cuarteles para apoyar a los amotinados. Comenzó el fuego. El saqueo de las tiendas por manos criminales se generalizó. La situación se asemejaba a los primeros días de la revuelta antizarista; pero, en esos días los ciudadanos podían controlar a las masas. El gobierno anunció que Milyukoff sería destituido."

"Esto significa que el gobierno ha caído, pues esta primera concesión a la multitud y a los bolcheviques es el comienzo del fin para el gobierno provisional. Todos vivimos al borde de un volcán y en cualquier momento puede estallar la erupción. No es una situación agradable, pero, poco a poco, logramos adaptarnos a ella. De todas maneras, es bastante interesante."

"Hoy publicamos el primer número de 'La voluntad del Pueblo'. La organización de la conferencia de los campesinos de toda Rusia va muy bien y se acerca al éxito."

"Vandervelde y De Brouke, líderes de los socialistas belgas visitaron hoy nuestra oficina. Ustedes son los primeros socialistas rusos que no denuncian nuestro patriotismo y nuestras opiniones burguesas, —dijo Vandervelde, al estrecharme la mano."

Esa noche ofrecimos una cena a Albert Thomas. Él, lo mismo que Van-

dervelde, considera la situación desde un punto de vista pesimista; pero tomó la rudeza del soviet con buen humor:— “Son como niños irresponsables”— dijo.

Mi forma de vida se ha regularizado en su irregularidad. No tengo horas fijas para comer, dormir, levantarme o trabajar. Día tras día me agoto en la agitación, la excitación y el despacho de muchos asuntos. A veces, me siento como perro sin hogar.

Agonía

Mayo —junio de 1917.— “La Conferencia de Campesinos se ha inaugurado con cerca de mil representantes de los verdaderos campesinos y de soldados leales del frente. El marco mental de los campesinos es incomparablemente más razonable y equilibrado que el de los trabajadores o el de la soldadesca. Patriotismo, un verdadero deseo de suprimir los desordenes y aun la disposición de abstenerse de ocupar la tierra hasta que se haya llegado a un arreglo definitivo de esta cuestión, la voluntad perfecta de apoyar al gobierno y de oponerse a los bolcheviques son, todos, sentimientos que fueron vigorosamente expresados en la conferencia.”

Un episodio interesante fue la aparición de Lenin en la conferencia. Subió a la plataforma y, dramáticamente, arrojó su abrigo para comenzar a hablar. El rostro de este hombre tiene algo que recuerda a los fanáticos religiosos de Starover (antigua iglesia ortodoxa). Es un mal orador, y sus esfuerzos para despertar el entusiasmo en pro de los bolcheviques, cayeron en el vacío. Su discurso fue recibido con frialdad, su personalidad despertó animosidad, y se retiró evidentemente mortificado. El *Pravda* bolchevique y otros periódicos internacionalistas renovaron sus ataques en contra de la Conferencia de Campesinos, llamándola “ciudadela de los patriotas socialistas y de los pequeños burgueses”. Bien, que la ataquen.

La Conferencia de Campesinos se suspendió, después de votar para que se organizara un soviet de campesinos, de elegir diputados, un comité ejecutivo y representantes de su organización en las diferentes instituciones. Yo fui electo miembro del comité ejecutivo y delegado a la Comisión de Elaboración de la Ley para la Elección de Miembros de la Asamblea Constituyente.

De camino hacia el centro, pasé por la Villa Kshessinky, que había sido ocupada por los bolcheviques y que se empleaba como cuartel general. Día tras día, pronunciaban discursos ante las multitudes de obreros y soldados, desde el balcón del palacio. Todos los esfuerzos del gobierno para sacar a los intrusos de este sitio habían fracasado. “El palacio Durnovo, tomado por los anarquistas (lo mismo que otras villas ocupadas ilegalmente por

criminales que se llamaban a sí mismos anarquistas o comunistas) aun siguen en sus manos. En vano los tribunales han ordenado a los instrusos que se vayan e, igualmente, en vano el ministro de justicia ha dado sus ordenes. Sin resultados.” Me detuve frente al palacio Kshessinsky para escuchar a Lenin.” Aunque habla mal, me parece que este hombre irá lejos. ¿Por qué? Porque está preparado y decidido a fomentar toda la violencia, los crímenes y obscenidades que la muchedumbre, en estas condiciones desmoralizadoras, se esfuerza por soltar.”

“Camaradas trabajadores —decía Lenin en su discurso— quiten las fábricas a quienes los explotan. Camaradas campesinos, tomen la tierra de sus enemigos, los terratenientes. Camaradas soldados, paren la guerra, váyanse a su casa. ¡Hagan la paz con los alemanes y declaren la guerra a los ricos! ¡Pobres desgraciados! Ustedes mueren de hambre mientras a su alrededor hay plutócratas y banqueros. ¿Por qué no se apoderan de toda esa riqueza? ¡Roben lo que ha sido robado! ¡Destruyan sin piedad toda esta sociedad capitalista! ¡Viva la Revolución socialista! ¡Viva la guerra de clases! ¡Viva la dictadura del proletariado!”

Estos discursos siempre despiertan una reacción muy viva. Zinoviev siguió a Lenin. ¡Qué criatura tan odiosa ese Zinoviev! En su aguda voz feminoide, en su rostro, en su obesa figura hay algo odioso y obsceno; es un gran degenerado moral y mental. Lenin encontró en este hombre un perfecto discípulo.

Después de escuchar durante cerca de una hora, crucé el puente Troitzky hacia mi oficina. El día estaba hermoso. El sol brillaba y el Neva reflejaba un cielo sin nubes. Pero, mi alma estaba llena de negros presentimientos. Estos hombres, lo sabía, presagiaban cosas terribles. Si yo fuera el gobierno, los arrestaría sin vacilación. “El pobre de Kerensky hace lo que puede. Pronuncia un discurso elocuente tras otro; pero las bestias salvajes no pueden ser controladas con discursos, por elocuentes que sean. En la ciudades, amenaza el hambre, pues el trabajo se ha suspendido prácticamente. Debo admitir que, como periódico de propaganda su *Pravda* está editado muy hábilmente. Son especialmente brillantes los artículos sarcásticos de Trotsky en los que fulmina y azota a sus contrarios, a mi entre otros. Excelente sátira.”

“El Soviet de campesinos está aun en formación. La mayoría de los *muzhiks*, representantes de la mayoría campesina, han conservado su equilibrio mental.”

El 26 de mayo de 1917 fue el día de mi matrimonio. Fue una boda verdaderamente revolucionaria. Después de la ceremonia en la iglesia, a la que llegué saliendo de una importante reunión, mi esposa y nuestros amigos solamente se tomaron media hora para almorzar, después, tuve que correr

a otra maldita conferencia. Solamente durante una guerra o una revolución pueden pasar cosas parecidas. En la noche, mandé la revolución al diablo y regresé a casa con mi amada. “El huracán se acerca, pero a pesar de todo, bendigo este día.”

“Hoy, el profesor Masaryk, de Praga, me visitó en mi oficina. Fue un gran placer hablar con este hombre racional, inteligente, serio y de amplio criterio. Discutimos el problema checo, sobre el cual había yo escrito algo. Seguramente que con líderes como Masaryk, Checoslovaquia recobrará su independencia. En *La Voluntad del Pueblo*, apoyamos su causa.”

Las labores en el soviets de campesinos se realizan satisfactoriamente. Los problemas principales de la Rusia futura (reforma agraria, constitución, organización del gobierno, defensa del país, etc.) todos, son solucionados en principio. Las reuniones de los soviets, de obreros y soldados y de campesinos, se realizan separadamente. El antiguo soviets, al principio, trató de dominar, pero ahora se le ha visto obligado a reconocer la condición de igualdad de la organización campesina. En el vestíbulo de la Duma, los miembros del soviets campesino ocupan el ala derecha, en tanto que en la extrema izquierda está sentado el pequeño grupo de los bolcheviques, los internacionalistas y los social-revolucionarios izquierdistas. Cuando entran nuestros hombres, los rojos los reciben con gritos hostiles: “¡Ahí vienen los pequeños burgueses!”— Y nosotros respondemos: —“¡Ahí están los traidores!”

Ha surgido una crisis muy grave. Mientras el comité ejecutivo del Soviet Campesino estaba en sesión, nos informaron repentinamente, por teléfono, que los bolcheviques habían organizado para la mañana siguiente una manifestación armada de soldados y obreros, con la demanda: ¡Abajo el gobierno capitalista!” No había duda de que dicha manifestación significaría la caída del gobierno y la ruptura final de las hostilidades. Significaría: guerra civil, derramamiento de sangre, muerte. Para contrarrestar esta acción, decidimos participar en una manifestación no armada, planeada para la semana siguiente. Trastornamos su manifestación armada. A la mañana siguiente, *Pravda* anunció que los bolcheviques se unirían a nuestra manifestación pacífica. Esta vez ganamos, pero temo que la próxima victoria sea suya.

En la noche se realizaron motines, y varios asesinatos en las calles. Las faldas límpidas de la revolución iban manchándose más y más de sangre. El hambre aumentaba.

Nuestra ofensiva en el frente comenzó brillantemente, y al momento se levantó el espíritu del pueblo. Manifestaciones patrióticas llenaron todas las calles, y la popularidad de Kerensky se aclamó por todas partes. Los bolcheviques, por el momento, sufrieron un eclipse completo.

“Si, ya vino la catástrofe. Nuestro ejército revolucionario ha sido derrotado. En medio de un loco pánico, se ha disuelto y huye despavorido, y en su huida, destruye todo lo que encuentra a su paso: asesinatos, violaciones, saqueos, campos devastados y aldeas destruidas, marcan su paso. No hay disciplina, no hay autoridad, no hay piedad para las mujeres o civiles inocentes. El general Kornilov y B. Savinkov piden que se reimplemente la pena de muerte para los desertores. ¡En vano! El impotente gobierno y los soviets, aun en medio de esta emergencia, carecen de voluntad para actuar. Nuevamente prevalecen la anarquía y los bolcheviques.”

“Ha sucedido una cosa importante. En un mitin celebrado hoy, en el que hablamos la ‘abuela’ Breshkovskaia, Savinkov, Plejanov, Chaikovsky y yo, el público de soldados y obreros, estalló de repente en chiflidos e insultos en contra de estos líderes de la Revolución. Contra mártires como Breshkovskaia y Chaikovsky se oyeron gritos de ‘traidores’ ‘Contrarrevolucionarios’. Brincando en su asiento, Savinkov grito: ‘¿Quiénes son Uds. para tratarnos de esta manera? ¿Qué han hecho ustedes nunca por la revolución? Nada, en absoluto. ¿Qué han arriesgado? Nada. Estos hombres y mujeres (dijo señalándonos) han languidecido en prisión, han pasado hambres y fríos en Siberia, han arriesgado sus vidas numerosas veces. Fui yo, y no de ustedes, el que arrojé la bomba contra un ministro zarista. Fui yo y ninguno de ustedes el que oyó cómo se le sentenciaba a muerte por ese hecho, por el gobierno zarista. ¿Cómo se atreven a acusarme de ser un contrarrevolucionario? ¿Qué son ustedes, después de todo? nada más que una muchedumbre de idiotas y saqueadores que fraguan la ruina de Rusia, la destrucción de la Revolución y la suya propia”.

Este ex-abrupto, en cierta forma, asustó e impresionó a la muchedumbre. Pero, es claro que todos los grandes revolucionarios se enfrentan a la tragedia. Su obra y el sacrificio de sus vidas se olvidan. En comparación con los “revolucionarios en marcha” ahora eran considerados reaccionarios y pasados de moda.

“¿Se ha considerado Ud. alguna vez como un reaccionario contrarrevolucionario?”, pregunté a G. Plejanov.

“Si los maniáticos son los revolucionarios, entonces me siento orgulloso de ser llamado reaccionario”— replicó el fundador del partido social democrata.

—Tenga cuidado, señor Plejanov— le dije— no sea que lo arresten tan pronto como esta gente— sus propios discípulos— se conviertan en dictadores.—

—Como esta gente se ha convertido en más reaccionaria que el propio gobierno zarista, ¿qué otra cosa puedo esperar más que el arresto?— respondió amargamente.

“Me gusta Plejanov; me parece que se da cuenta de las verdaderas condiciones mucho mejor que sus alumnos en el soviét, que ni siquiera quieren admitirlo como miembro. Todos los antiguos revolucionarios y fundadores del socialismo ruso, se consideran moderados o, de acuerdo con las normas de los bolcheviques, contrarrevolucionarios. Yo reconozco que mi conservatismo es idéntico a lo que en todas las revoluciones y levantamientos sociales llega a llamarse por la muchedumbre contrarrevolución. Todos nosotros comenzamos a darnos cuenta de que la revolución y el radicalismo, en práctica, son muy diferentes a las mismas ideas en teoría.”

“La desintegración de Rusia está comenzando en serio. Finlandia, Ucrania y el Cáucaso, han declarado su independencia. Kronstadt Schlisselburg y muchos distritos, en varias partes de Rusia, han votado también su independencia.”

“Ayer publiqué un artículo sobre la inminente catástrofe, que titulé: ‘La condenación de la Nación Rusa’. Hoy, todos los otros periódicos lo comentaron, lanzando las hojas bolcheviques amenazas contra mí. Pero muchos ciudadanos llamaron para darme las gracias por este artículo. Su simpatía no puede salvar la situación que ya no tiene remedio. En cuanto a mí, no tengo temores personales.”

La vida, en Petrogrado, se va haciendo más y más difícil. Motines, asesinatos, hambre y muerte son cosas comunes todos los días. Esperamos la próxima erupción, con la seguridad de que no tardará en venir. Ayer, disputé en una reunión pública con Trotsky y la señora Kollontay. Por lo que se refiere a esta mujer, está claro que su entusiasmo revolucionario es una satisfacción indirecta de su ninfomanía.

Trotsky, en condiciones favorables, seguramente subirá hasta la cima. Este bandido teatral es un verdadero aventurero. Sus camaradas del partido socialdemocrático (mencheviques) decían de él: “Trotsky lleva su propia silla a todas las reuniones; hoy se sienta con este partido, mañana, con el otro.” Por el momento, ha colocado su silla con el partido comunista. Los bolcheviques probablemente le darán todo lo que anhela.

Tragedia

Julio 3-5 de 1917. “La erupción se ha producido. En la tarde del día 3 cuando el soviét de campesinos se encontraba en medio de su sesión vespertina, se nos llamó por teléfono al Palacio Tavrishesky para una sesión conjunta con el soviét de obreros.” “Vengan lo más pronto que puedan— nos instaron— ha estallado un nuevo motín bolchevique”. Salimos inmediatamente. Las calles que rodeaban el palacio y su gran patio, estaban llenas

de soldados y marineros y de pie, en un automóvil, se encontraba Trotsky, arengando a los hombres de Kronstadt:

—“Ustedes, camaradas marineros, son el orgullo y la gloria de la revolución rusa. Son sus mejores promotores y defensores. Por su acción, por su devoción al comunismo, por su odio terrible y sus masacres de todos los explotadores y enemigos del proletariado, han escrito páginas inmortales en la historia de la revolución. Ahora tienen ante ustedes una nueva tarea: empujar a la revolución hasta sus límites finales, crear el reino del comunismo, la dictadura del proletariado e iniciar una revolución mundial. El gran drama ha comenzado. La victoria y la gloria eterna nos llaman. Que tiemblen nuestros enemigos. No hay piedad, no hay gracia para ellos. Despierten todo su odio. ¡Destruyanlos para siempre!”.

Un salvaje rugido animal fue la respuesta a este discurso.

Con mucha dificultad, nos abrimos paso hasta el palacio, en donde, en el vestíbulo de la Duma, encontramos muchos representantes del soviet de obreros y del partido social-democrático. La atmósfera estaba tensa de excitación. “Esto es terrible. Esto es un crimen contra la revolución”, gritaban los líderes de la izquierda.

En medio de la explosión, de los disparos y de los gritos demoníacos de afuera, la reunión conjunta de los soviets de soldados, obreros y campesinos, fue llamada al orden por Chkeidze.

—En nombre del comité de soviets— dijo Dan— presento la siguiente proposición: que todos los miembros del soviet que se encuentran aquí presentes juren que harán todo, hasta morir, si es necesario, a fin de sofocar esta revuelta criminal contra del soviet y de la revolución. Los que no estén dispuestos a prestar este juramento, deben retirarse inmediatamente.”

Profundo silencio durante un momento y luego aplausos ensordecedores. En torno mío, vi los rostros pálidos de los diputados, Escuché fervientes murmullos:— “Sí, estamos dispuestos a morir”. Algo trágico y heroico se apoderó de todos nosotros. Rodeados de la muchedumbre incontrolable, en medio del rugir del cañón y del traqueteo de las ametralladoras, defendidos solamente por dos soldados que guardaban la puerta del vestíbulo, los miembros del soviet, por primera vez, se elevaron a esa altura de grandeza y nobleza en que el hombre está verdaderamente dispuesto a vencer o morir.

En seguida, grupos de bolcheviques, internacionalistas y socialrevolucionarios izquierdistas, encabezados por Trotsky, Lunacharsky, Gimmer y Kamhoff, empujaron hacia adelante: —“Protestamos contra esa proposición— gritaron al unísono.”— “Miren el mar de soldados y obreros que rodean este edificio. En su nombre exigimos que el soviet declare disuelto el gobierno provisional. Exigimos que la guerra se termine inmediatamente, exi-

gimos una dictadura del proletariado y que se establezca un estado comunista. Si no aceptan esto por la buena se lo haremos tragar a fuerza. El tiempo de las vacilaciones ha pasado. Lo que ordena el proletariado revolucionario debe ser obedecido por ustedes.”

Esta era la esencia de sus discursos. Los bolcheviques, que se sentían victoriosos, ya no se apoyaban en el soviets: le daban órdenes. Tratando de controlar su cólera e indignación, el soviets escuchaba calmadamente.

—¿Qué es lo que ustedes piden?— preguntó el presidente. “La dictadura del soviets, o su propia dictadura sobre el soviets? Si es lo primero, entonces dejen de amenazar, siéntense, esperen la decisión del soviets y obedézcanla. Si, por el contrario, tratan ustedes de mandar al soviets, ¿qué hacen aquí? Nadie, en este salón tiene duda alguna acerca de lo que ustedes quieren decir. No ‘todo el poder para los soviets’, sino todo el poder para ustedes. Para esto han exaltado a las masas ignorantes y equivocadas. Para esto han provocado la guerra civil. Muy bien, aceptamos su reto. Salgan y hagan lo peor.”

Esta fue nuestra contestación a los bolcheviques. Después de unos cuantos momentos de vacilación, se fueron y la resolución de Dan fue aprobada unánimemente.

Un feroz discurso seguía. Con la cabeza estallando de excitación en la atmósfera encerrada del salón, salí al patio de la Duma. En la luz grisácea de la noche de julio, vi un mar encrespado de soldados, obreros y marinos... Aquí y ahí cañones y ametralladoras apuntadas hacia el palacio, y en todas partes banderas rojas que flotaban en el aire, además del sonido de disparos incesantes. Era como una casa de locos. He aquí una multitud que gritaba “Todo el poder para los soviets”, mientras que al mismo tiempo, apuntaban cañones sobre los soviets, amenazándolos con la muerte y la extinción.

Tan pronto como me reconocieron, me rodeo una multitud y se me lanzaron preguntas exaltadas y fieras amenazas. Traté de explicar a la multitud que los soviets no podían aceptar todo el poder porque las demandas de los bolcheviques eran imposibles. Trate de indicarles todas las calamidades que podían resultar de sus excesos. Pero no hablaba ante una multitud, sino ante un monstruo. Sordos a toda razón, locos de odio y de furia insensata, el monstruo simplemente aullaba los idiotas lemas de los bolcheviques. Nunca olvidaré los rostros de esta multitud enloquecida. Había perdido toda característica humana, y se había vuelto puramente bestial. La multitud gritaba y aullaba y agitaba furiosamente los puños.

—¡Los miembros del soviets se han vendido a los capitalistas!”

—¡Traidor, Judas!

—¡Enemigo del pueblo!

—Grité, por encima de sus voces destempladas: “¿Acaso mi muerte les dará tierra o llenará sus estómagos vacíos?”—

Curiosamente, esto hizo que muchos de estos animales estallaran en carcajadas. ¡Tan fácilmente se logra mover a la multitud de un lado para otro!

En el vestíbulo de la Duma seguían los discursos: discursos y discursos. . . Hacia el amanecer, algunos de los miembros dormían el sueño del agotamiento. Otros se paseaban de arriba abajo, aún hablando. La muchedumbre seguía afuera, reforzada por otros varios regimientos. Una posición estratégica tras de otra, se veía ocupada por los amotinados soldados. El fuego era más cerrado que durante la noche y con mucha frecuencia caían balas sobre las paredes del edificio. Exhausto, después de una noche sin dormir, salí nuevamente al jardín de la Duma. Ahí vi tres carros armados. ¿Para nosotros o contra nosotros? Desde luego que contra. Soldados y marineros, armados con rifles llenaban el jardín. Repentinamente, se oyó una fuerte explosión y todos estos valientes guerreros, presas de pánico, se echaron al suelo. El pánico había sido causado por los mismos bolcheviques. Uno de sus soldados había dejado caer una granada de mano, matando a varias personas. Pensando que sus fuerzas eran atacadas por el gobierno, los bolcheviques abrieron fuego con las ametralladoras, matando más gente. Después de esto, algunos de los amotinados decidieron irse a su casa.

A las 5 p. m. el soviét volvió a reunirse, esta vez con la presencia de los diputados bolcheviques. Sabían que había llegado el momento en que debían conquistar o ser conquistados, y para conquistar resolvieron aplicar su mayor fuerza. Pero, precisamente cuando uno de ellos vociferaba un discurso, lleno de sangrientas amenazas, se abrió la puerta y entraron tres oficiales, con los uniformes aun cubiertos de polvo y lodo, que se dirigieron con paso rápido hacia el asiento de Chkeidze. Saludándolo formalmente, se volvieron hacia el público, y el oficial principal, se dirigió a los grupos bolcheviques con estas palabras:

“Mientras el ejército ruso ha estado reuniendo todas sus fuerzas para defender al país del enemigo, ustedes, soldados y marineros que nunca han visto la guerra, ustedes ociosos y traidores que pasan su tiempo en habladurías malsanas, ustedes aventureros y desertores, ¿qué han estado haciendo aquí? En lugar de luchar como hombres en contra de la invasión del enemigo, han estado asesinando pacíficos ciudadanos, organizando motines, alentando al enemigo y recibiéndonos a nosotros, los soldados del gran ejército ruso, con ametralladoras y cañones. ¡Qué infamia! Pero, toda su traición ha sido en vano. Yo, comandante del regimiento de ciclistas, les informo que mis tropas han entrado a Petrogrado. Sus motineros han sido dispersados. Sus ametralladoras están en mis manos. Sus guerreros, tan

valientes cuando se enfrentan a ciudadanos indefensos, cuando tuvieron que vérselas con verdaderos soldados, huyeron como lo cobardes que son. Y les advierto que al primero que intente continuar o repetir este levantamiento, se le matará como a un perro.”

Volviéndose hacia el presidente, y saludándolo nuevamente, agregó: “Tengo el honor de declarar al soviet que estamos a la disposición del gobierno y del soviet, y que esperamos sus órdenes.”

La explosión de una bomba apenas si hubiera podido producir el mismo efecto. Entusiastas y gozosos aplausos por una parte; gritos, gruñidos y maldiciones, por la otra. En cuanto a Trotsky, Lunacharsky, Gimmer, Katz y Zinoviev, como dijo uno de mis colegas, “se estremecieron como el diablo ante el agua bendita”. Uno de ellos hizo un esfuerzo para decir algo, pero fue callado instantáneamente. “¡Largo de aquí— váyanse!” gritó el soviet y, llevando a sus partidarios en los talones, se salieron.

Media hora más tarde, la música militar llenaba los corredores y salones del palacio. Dos regimientos, totalmente armados, de Petrogrado habían entrado a la Duma. Los bolcheviques habían quedado definitivamente derrotados y, nuevamente habían vencido las fuerzas del orden. Cuando la multitud se hubo dispersado quietamente, los soldados amotinados fueron desarmados y arrestados. Cerca de las dos de la mañana llegué a mi casa, me dejé caer en mi cama y me dormí.

Julio 5-6 de 1917—. “Los periódicos de hoy publican documentos que prueban que, antes de regresar a Rusia, los bolcheviques habían recibido grandes sumas de dinero del Estado Mayor Alemán. Estas noticias provocaron una indignación general.”

—¡Traidores— espías alemanes, asesinos!

—Muerte para ellos, muerte a los bolcheviques!

Así aullaba y rugía la multitud que ayer se mostraba igualmente ansiosa por derramar la sangre de los enemigos de los bolcheviques. La opinión pública había cambiado tan totalmente, que ahora, era necesario defender a los bolcheviques de los ataques violentos. Algunos de ellos pidieron voluntariamente, ser arrestados a fin de salvar la vida. Para impedir el linchamiento de los marinos de Kronstadt, Chaikovsky y yo nos vimos obligados a acompañarlos desde la fortaleza Petropavlovskai hasta sus barcos. Comprendiendo la suerte que les esperaba si caían en manos de la multitud enfurecida, “el orgullo y gloria” de la Revolución, como las había llamado Trotsky unos días antes, huían, como perros bajo las maldiciones e insultos de las multitudes callejeras.

—¿Estás vivo? ¿Estás bien?— Este fue el telegrama que recibí de mi esposa, que estaba en Samara. Desde luego que estaba bien. Hoy fueron

arrestados Trotsky, Kollontay y otros. Lenin y Zinoviev se escaparon. Ahora el problema es ¿qué hacer? Nosotros, los moderados no estamos sedientos de sangre, pero, para impedir la repetición de estos sanguinarios motines, debemos tener gran firmeza. El Soviet se inclina por la clemencia, pero yo pienso que la clemencia, en este momento, no es otra cosa que debilidad.

Los motines se han acabado; pero no se ha hecho nada para suprimir a los oradores o para castigar a los instigadores. Y los líderes comunistas arrestados pronto fueron puestos en libertad.

Me han ofrecido tres puestos en el gobierno provisional: el de ayudante del Ministro del Interior, el de Director del Servicio Telegráfico Ruso y el de Secretario del Primer Ministro Kerensky. Después de reflexionar, decidí aceptar la secretaría, aunque en las circunstancias actuales, dudo que pueda ser de gran utilidad para el país. De todos modos, como ayudante de Kerensky, haré todo lo que pueda.

La elaboración de la ley referente a la Asamblea Constitucional está casi terminada. Es casi democrática, pues permite una representación proporcional completa; aunque me parece que es tan adecuada para la pobre Rusia, como un traje de noche para un caballo.

Unos cuantos días antes de que asumiera mis responsabilidades como secretario de Kerensky, ocurrió algo que impresionó mucho a todos los rusos de mente serena; aun a quienes se habían dedicado a la revolución durante años. Me refiero al exilio del Zar Nicolás II y de su familia a Tobolsk, Siberia. Esto se hizo secretamente, pero varios días antes, mi antiguo amigo y colaborador el señor Pankratoff, me llamó a mi oficina de "La Voluntad del Pueblo" y me dijo que había sido designado como jefe de la guardia del emperador para llevar al Zar al exilio. Pankratoff era un viejo revolucionario, que había pasado veinte años de su vida encerrado en la fortaleza de Schlisselburg. Pero, a pesar de esto, era muy humano, y no tenía la menor animosidad en contra del zar o del antiguo régimen. Por lo tanto, me alegré de que hubiera sido elegido él y estaba seguro de que haría todo lo que pudiera para que la familia imperial estuviera lo más cómoda posible en su destierro. El motivo de este destierro no era de ninguna manera malo. Por el contrario; sé que el deseo de Kerensky era enviar a la familia a Inglaterra. Su plan fracasó sencillamente porque el Soviet no lo aceptó. Los extremistas fueron los culpables de los malos tratos que sufrió el Zar durante su prisión en el palacio de Czarkoe Selo. Finalmente resultó imposible que siguiera allá, y si los motines de julio hubieran durado unos días más, estoy seguro que hubiera sido asesinado por los bolcheviques. Era realmente necesario enviar a la familia a algún sitio en donde su vida estuviera segura y donde, al mismo tiempo, no hubiera motivo para discutir con los extremistas, respecto a la seguridad de la revo-

lución. En Tobolsk había poco sentimiento revolucionario y ningún fanatismo y, bajo la vigilancia de Pankratoff no había peligro de intentos de asesinato. Pero, si los bolcheviques llegaban a vencer, decía Pankratoff, sólo Dios sabía lo que sucedería.

Nueva Crisis

Mezclados con los telegramas que expresan devoción al gobierno, procedentes de las ciudades y Zemstvos, campesinos y obreros, hay inquietantes informes telegráficos de huelgas entre los obreros, motines de soldados y condiciones anárquicas entre los campesinos. Leo todo esto, y paso las informaciones importantes a Kerensky. Sin embargo, no sirve de mucho, pues Kerensky casi no realiza obra constructiva y se ocupa de formular resoluciones que no llevan al gobierno a ninguna parte; las ruedas del Estado se mueven en el vacío.

Por fin ha llegado la catástrofe, el cataclismo titánico. El 26 de agosto, el general Kornilov lo inició, lanzando un ejército sobre Petrogrado con la intención de derrocar al Soviet y al gobierno y convertirse en dictador. Por lo menos, esta fue la versión que dio Kerensky de los acontecimientos; pero, a mí me parece Kornilov menos culpable.

Yo sabía que las relaciones entre Kerensky y Kornilov se habían agriado hacía tiempo, y que el grupo de no socialistas de Kornilov era absolutamente opuesto al gobierno de Kerensky al que acusaban de la desintegración de Rusia, que se aproximaba rápidamente. Kerensky, por su parte, decía que Kornilov y sus partidarios eran traidores al estado. Se habían organizado nuevas fuerzas, para defenderse de los bolcheviques; pero, en lugar de unirse en contra del enemigo común, este ejército de patriotas estaba dividido en tres campos separados. Los bolcheviques, desde luego, no cabían de gusto. ¿Qué mejor suerte podían haber pedido? En el soviat había una actividad febril. Se formó un alto comité compuesto por 22 miembros "para la lucha con los contrarrevolucionarios", y yo fui uno de sus miembros bolcheviques, y así nos encontramos en la anómala posición de trabajar con los rojos para suprimir a los patriotas. Lo primero que exigieron estos miembros del comité, fue que salieran de la cárcel sus compañeros bolcheviques: Trotsky, Kollontay y otros, y, en contra de mis enérgicas protestas, lo lograron.

El bolchevique Ryazanoff era uno de los miembros más ocupados del Comité Superior, escribiendo proclamas y lanzando boletines. Uno de los miembros observó: "¿Quién había de creer que Ryazanoff y Sorokin iban a ser vistos trabajando juntos??" "Yo encuentro esto alentador."

Pero yo no me siento particularmente alentado. Mi único consuelo es que la revolución, como la política, a veces da extraños compañeros.

“El Alto Comité ha recibido informes en el sentido de que nuestra propaganda ha tenido tanto éxito que las tropas de Kornilov empiezan a vacilar y se muestran renuentes a continuar la marcha sobre Petrogrado.” Dos o tres horas después, llegó la seguridad definitiva de que el ejército de Kornilov estaba a punto de amotinarse. A la mañana siguiente, el general Krymoff, comandante de las tropas “contrarrevolucionarias” vino a ver a Kerensky y después de una corta conversación con él, salió y se suicidó. Para mí, todo el asunto de Kornilov fue una tragedia. Sus motivos, lo mismo que los de Krymoff, su principal ayudante, eran absolutamente puros y patrióticos. No eran de ninguna manera contrarrevolucionarios.

Ahora, el triunfo del bolcheviquismo no era más que cuestión de tiempo. El gobierno, después de haber perdido la confianza de todos los grupos no socialistas, estaba en el aire, y su caída era inminente.

“Tengo que soportar que mi esposa y todos nuestros amigos padezcan hambre. Nadie se queja; pero con nuestra alegre conversación tratamos de olvidar la falta de alimento en nuestros estómagos. Bueno, es un tipo de disciplina.”

“En todos los regimientos, los bolcheviques han organizado ‘Comités militares de la Revolución’. Esto significa nuevos levantamientos. Ya me compré un revolver, pero ¿mataré a alguien? Difícilmente.”

“La gente huye por miles de Petrogrado, y con razón, pues ¿para qué se han de quedar? Se arriesgan a morir de hambre, si no es que asesinados por la muchedumbre bolchevique.”

—Le aconsejo que se vaya— me dijo un amigo a quien fui a despedir a la estación. ¡Váyase lo más pronto que pueda, pues dentro de poco ya no se podrá ir!

Pero ¿dejar ahora Petrogrado? No debo hacerlo, y no lo haré.

El abismo

Octubre-diciembre de 1917.— El abismo se ha abierto, al fin. Los bolcheviques han vencido. Todo fue muy sencillo. El gobierno provisional y el primer soviét de toda Rusia fueron derrocados tan fácilmente como el régimen zarista. A través de sus comités militares de la revolución, los bolcheviques obtuvieron el control de los regimientos. Por medio del soviét de obreros de Petrogrado, dominaron a la clase trabajadora. Estos soldados y obreros de Petrogrado, requisaron todos los automóviles en las calles, ocuparon el Palacio de Invierno, la fortaleza Petropavlovskaja, las estacio-

nes de ferrocarril, los teléfonos y las oficinas de correos. En unas 24 horas, destruyeron el antiguo gobierno y establecieron otro nuevo.

El 25 de octubre, aunque estaba enfermo, me encaminé al Palacio de Invierno, en busca de noticias. Al acercarme, vi que estaba rodeado de tropas bolcheviques. Hubiera sido una locura meterme entre ellos, por eso me volví y fui a buscar, en el palacio Marrinsky, al Consejo de la República. Ahí me entere de que Kerensky había huído hacia el frente para buscar ayuda militar, mientras Konavaloff y los otros ministros, con el gobernador de Petrogrado, Palchinsky, se habían encerrado en el Palacio de Invierno, defendido solamente por un regimiento de mujeres y trescientos cadetes.

—Esto es inicuo— gritó un diputado socialdemócrata.— Seguramente que debemos protestar contra esta violencia.

—¿Qué? ¿Vamos a aprobar otra resolución?— pregunté.

—En nombre del soviét, del Consejo de la República y del Gobierno, haremos un llamado al país y a la democracia mundial— replicó, ofendido por mi ironía.

—Y ¿qué es eso, sino aprobar otra resolución?— pregunté tercamente.

—Apelaremos a las fuerzas militares.

—Los oficiales y cosacos aún son fieles—.

—Los mismos a quienes la democracia revolucionaria acusó de contrarrevolucionarios y reaccionarios— persistí.—¿Han olvidado cuánto los insultaron, especialmente después del fracaso de Kornilov? Después de eso ¿creen que están dispuestos a defendernos? Yo creo, por el contrario, que se alegrarán de lo que está sucediendo.

Los ministros sitiados no fueron asesinados, pero se les encerró en la fortaleza Petropavlovskaja para acompañar a los ministros del zar. Pero, la suerte de las mujeres fue peor aún de lo que nuestra imaginación puede crear. Muchas murieron y las que escaparon a la piadosa muerte, fueron salvajemente violadas por los bolcheviques. Algunas de estas mujeres fueron tan maltratadas que murieron en medio de una horrible agonía. Algunos de los oficiales del gobierno provisional también fueron asesinados con sádica crueldad.

En mi oficina del periódico, escribí mi primer artículo sobre los conquistadores, llamándolos asesinos, violadores, bandidos y ladrones. Firmé este artículo con mi nombre completo, a pesar de las protestas de mis colegas. —“Déjenlo— les dije— de todos modos, nos enfrentamos todos a la muerte ahora”. De hecho, mi artículo tuvo tanto éxito, que sacamos tres ediciones del periódico. Mis amigos me suplicaron que no pasara la noche en mi casa y decidí seguir su consejo. También consentí en cambiar mi aspecto, dejando

de rasurarme. Muchos hicieron lo mismo, y se veía a hombres, antes rasurados, ahora con barbas y a los que llevaban barba, rasurados.

Kerensky está derrotado. “Los bolcheviques se han apoderado de los bancos, gubernamentales y privados, y mi antiguo amigo Pyatakoff ha sido nombrado comisario de finanzas. Del frente llegan nuevas noticias de horror. El generalismo Dijonin fue asesinado junto con cientos de sus oficiales. Nuestro ejército es, ahora, una muchedumbre en salvaje huída, que destruye todo lo que encuentra a su paso. La invasión de los alemanes es inevitable.

Hoy mi colega Argunoff, uno de los fundadores del Partido Social Revolucionario, cayó en las garras del gato. La dirección y publicación de periódicos tropezará ahora con grandes dificultades. La invasión de las oficinas editoriales y de las imprentas es cosa de todos los días. Los soldados bolcheviques destruyen los números y aún las prensas. Por pura fórmula, obedecemos las ordenes de cesar nuestras publicaciones; pero reaparecen inmediatamente con nombre ligeramente cambiados. “La Voluntad del Pueblo”, suprimido ayer, aparece como “La Voluntad” y posteriormente como “El Pueblo”, “El Deseo del Pueblo”, etc. El periódico “El Día”, reaparece como “Mañana”, “Mediodía”, “Tarde”, “Noche Negra”, “Una de la Mañana”, “Dos de la Mañana”. Lo importante es que nuestros periódicos lleguen a publicarse. Los lectores que no pueden conseguir uno en la mañana, leen otro en la noche.

Hoy, nuevamente, apenas si escapé de ser arrestado.

Nuestra diaria minuta en la casa, se ha vuelto exótica, por lo menos. No hay pan; pero, ayer, en un pequeño estanquillo, encontramos unas latitas de duraznos. En lugar de pan preparamos pasteles de cáscaras de papa y no nos parecen demasiado feos para comerlos. ¡Viva la revolución, que estimula la invención y hace que el pueblo sea más modesto en sus apetitos y deseos!

“En toda Rusia se celebran las elecciones para la Asamblea Constitucional. Estas elecciones son el reto del país a la revolución bolchevique. Si los bolcheviques tienen razón, obtendrán una mayoría de votos. Pronto conoceremos el veredicto de Rusia. Desde luego que los bolcheviques hacen todo lo que pueden por estorbar las elecciones, y todos los “ratones cazados” hacen todo lo que pueden por facilitarlas. Durante la semana pasada hablé en doce mítines.”

Se han publicado los primeros resultados de las elecciones, y los bolcheviques están derrotados. Junto con los socialrevolucionarios izquierdistas, se quedaron muy atrás del ala derecha del partido y ambos están en minoría en la Asamblea Constitucional. Mi nombre y el de otros camaradas en la provincia de Vologda ganaron cerca del 90% de los votos. Anoche celebra-

mos, con el más extravagante de los banquetes: cada uno de nosotros tuvo un pedacito de pan, media salchicha, duraznos enlatados y té con azúcar.

Los bolcheviques están decididamente derrotados. Pero, todos sabemos que no tienen ninguna intención de aceptar el veredicto. Mientras tuvieron esperanzas de lograr una votación favorable, aceptaron la formación de la Asamblea Constitucional. Ahora tratarán de impedir que se reúna.

Mientras tanto, desempeño el papel del ratón contra el gato. Legalmente todos los diputados gozan de fuero en contra del arresto; pero, la ley es una cosa y otra la que practican los bolcheviques. Ahora todos los caminos conducen a la prisión. Estoy cansado, exhausto, en parte por el trabajo y la nerviosidad, y en parte por el hambre.

Noviembre 27.— El día en que había de inaugurarse legalmente la Asamblea Constitucional amaneció hermosamente claro, con un cielo azul, y nieve blanca, que formaban un espléndido marco para los enormes carteles que se veían en todas partes: "Larga vida a la Asamblea Constitucional de Rusia." Grandes multitudes, con estos estandartes, daban la bienvenida a la autoridad superior del país, la verdadera voz del pueblo ruso. Cuando los diputados se acercaron al palacio Tavrichesky, miles de voces los saludaron con ensordecedoras aclamaciones. Pero, cuando llegaron a las rejas, las encontraron cerradas por los soldados bolcheviques, armados hasta los dientes.

Tenía que hacerse algo, inmediatamente. Subiéndome a la reja del palacio, me dirigí al pueblo, mientras que otros diputados se subieron y hablaron después de mí. Lograron abrir las rejas y la multitud se precipitó hacia adentro, llenando el patio. Asombrados por esta audacia, los soldados izquierdistas vacilaron, y el resultado fue que se abrieron las puertas y pudimos entrar, seguidos de muchos ciudadanos. En el vestíbulo del palacio celebramos nuestra reunión y pedimos a la nación rusa que defendiera su Asamblea Constitucional. Se aprobó la resolución de que, a pesar de todos los obstáculos, la asamblea se abriría el 5 de enero.

Para asegurar su éxito celebrábamos diarias reuniones en las fábricas y entre los soldados. Al mismo tiempo, los líderes continuaban su tarea de preparar las leyes y decretos fundamentales, los métodos y procedimientos, etc. Estas conferencias generalmente se celebraban en mi departamento.

"La destrucción se abate sobre Petrogrado. Toda vida comercial ha cesado hace tiempo. Noche y día se oye el ruido de los disparos. La locura devastadora y los saqueos se han extendido a las poblaciones chicas y aún al campo. El ejército ya no existe, y los alemanes pueden entrar cuando quieran."

Este es el último día de 1917. Contemplo el año que termina con sentimientos de amargura y desilusión.

El día del año nuevo nos reunimos los líderes del partido Social Revo-

lucionario y los diputados. “Una pena sorda se mezcla con la tétrica resolución de morir luchando por la libertad, presente en todos nuestros discursos. Este mórbido entusiasmo llega a su climax, después del discurso de mi amigo K, mientras escuchamos las palabras de la famosa aria de la ópera de Moussorsky: La Bella Durmiente.”

“Mi pobre Rusia duerme; ¡está rodeada de enemigos! Los extranjeros la roban. Hace años estuvo bajo el yugo de los tártaros; después sufrió bajo el de los aristócratas. Mi pobre Rusia ¿Quién te salvará ahora de tus enemigos. ¿Quién te salvará de tu desgracia? ¡Oh amada y desgraciada Rusia!”.

Estas palabras nos conmovieron profundamente.

—“No sabemos quién salvará a Rusia. Pero, cualesquiera que sean las penas que te esperen, país amado, no perecerás. Surgirás de tus cenizas, como un gran país y una gran nación, una potencia entre las potencias de la tierra. Si para esto es necesario que sacrifiquemos nuestras vidas, estamos dispuestos a hacerlo.”

Estas fueron las palabras del elocuente K, que cerraron nuestra celebración del año nuevo.

“La perspectiva para 1918 es muy oscura; pero, venga lo que venga, yo tengo fe en mi país y en su misión histórica.”